

U

página
33

Jorge Gaytán Durán | por Vicente Aleixandre

La primera vez que yo vi a Jorge Gaytán Durán fue en Madrid, a donde llegaba en una de esas singluras tuyas en las que el desembarco parecía siempre para sus amigos una sorpresa feliz. Entraba aquel día con Eduardo Cote, otro reciente desaparecido, residente entonces en esta capital. Joven, muy joven, ardido ya, los ojos dos chispas repentinas, largo el ademán, central la voz. Y una extensa sonrisa en la que el brillo era una afirmación, y la risa, una estupenda seguridad. Me acuerdo de la desenvoltura natural, fresca y sencilla al mismo tiempo. Lo que estaba sorprendentemente más lejos de aquel joven crecido era la petulancia.

Han pasado algunos años ya. 1948, 1949. Jorge hacía versos. Era un jovencísimo poeta colombiano, agitado y preciso. Exigidor y al mismo tiempo enormemente retribuyente. La largueza temprana de su vivir tenía algo de ademán dilapidador. ¡Cuántas veces se ve en fin —y aquí también— que es el mismo gesto del sembrador!

Miraba ardientemente a lo que fuere. ¿Proyectos? Infinitos. ¿Preocupaciones? Vehementísimas. Eduardo, tranquilo, con su bondad otorgadora, Jorge, voraz, desalojador, discutían allí ante unos vasos de vino de Jerez. Eduardo no quería entonces dejar este país, abandonar la entraña en que se buscaba. Jorge necesitaba sobrevolar el mundo. Los dos recorrerían al cabo, en tiempos diversos, tierras dispares y los dos regresarían, por caminos distintos —ay, para qué poco tiempo— a su Bogotá natural.

Aquella tarde, unas horas después, Jorge marchaba a París. Pocos años más y desde un aeropuerto lejano, una mañana, una voz por teléfono: "No puedo detenerme; cruzo rumbo a Moscú y en esta escala he querido saludarle. Volveré." Y volvía: "Me voy a América del Sur." Volando, sobrevolando, calando el aire, posándose, haciéndose cargo. Porque no era un pájaro, sino un hombre inteligente que al erguirse en tierra ponía el pie y la persona toda miraba en redondo: asimilaba. Veía, pensaba. Y hablaba luego, juzgaba, sin satisfacer del todo nunca su curiosidad alerta. Cuando habíais conversado con él una o dos veces os dabais cuenta de que era sobre todo un estimulador. Inquietante Jorge, cuya

variación no era la del tráfuga, sino la del que no cambia nunca, girando sólo su cabeza en torno. Su apetito de conocimiento tomaba y ofrecía todas las vías: desde el desorden de los sentidos a la lúcida inteligencia.

La última vez que le vi está aún reciente. Faltaba poco para su repentina desaparición. Pasaba por Madrid sólo para unos días. Avanzado un atardecer me telefoneó: «¿Puedo ir?» Entró en la salita, acompañado de Pepe Caballero Bonald. Estaba ligeramente más lleno, en su cuerpo; en su rostro corría la sombra de una barba, casi sotabarba. Pensé: ¿Rebelión, madurez? Porque las dos cosas podían ser, y seguramente lo eran. Se sentó frente a la ventana. La luz crepuscular, en la cara, daba todavía los mismos brillos a la pupila; como si no fueran precisamente de la tarde, sino lumbres primeras. Pero la voz era más pausada, su sonrisa con más temple. Su extraordinaria simpatía humana tenía un punto de cargazón y parecía como si la acumulación de las experiencias nos lo acercase más: más entendedor que nunca, sonriente, cual si, callando, nos dijese con la mirada: «¡Cómo te comprendo!» Habló de «Mito». Ilusión, esperanza. Se refirió a los sobretiros de mi última colaboración. «¿No ha llegado el paquete? Pues ¿cómo? ¡Si lo dejé dispuesto!» El desorden fecundo, el hervor de la querida revista. Saltó después, a instancias mías, a la representación de su obra escénica, luego a su reciente libro de versos —su primera gran victoria sobre la poesía—. Oyó mis palabras. Los ojos le brillaban alegres. ¡Cuánto que hacer! ¡Cuánto que vivir! «¿Cuándo vienes, Jorge?» «Voy a Cambridge, luego a mi tierra; pero dentro de poco estaré aquí otra vez.»

Nunca más volví a verle. Se despedía ligero; tras la verjita de hierro, con su mano alzada decía adiós. Tenía la misma apostura de siempre; como siempre se le veía: como un joven héroe, como un héroe gozoso. Iba como siempre a sobrevolar el mundo, pero esta vez dejando la vida en lo alto, esparcida diríase sobre la generalidad del planeta. Para no descender sino como un puntito pequeño, muerto, a su entrañable geografía primera, que le recogía.

La Trinchera, 1